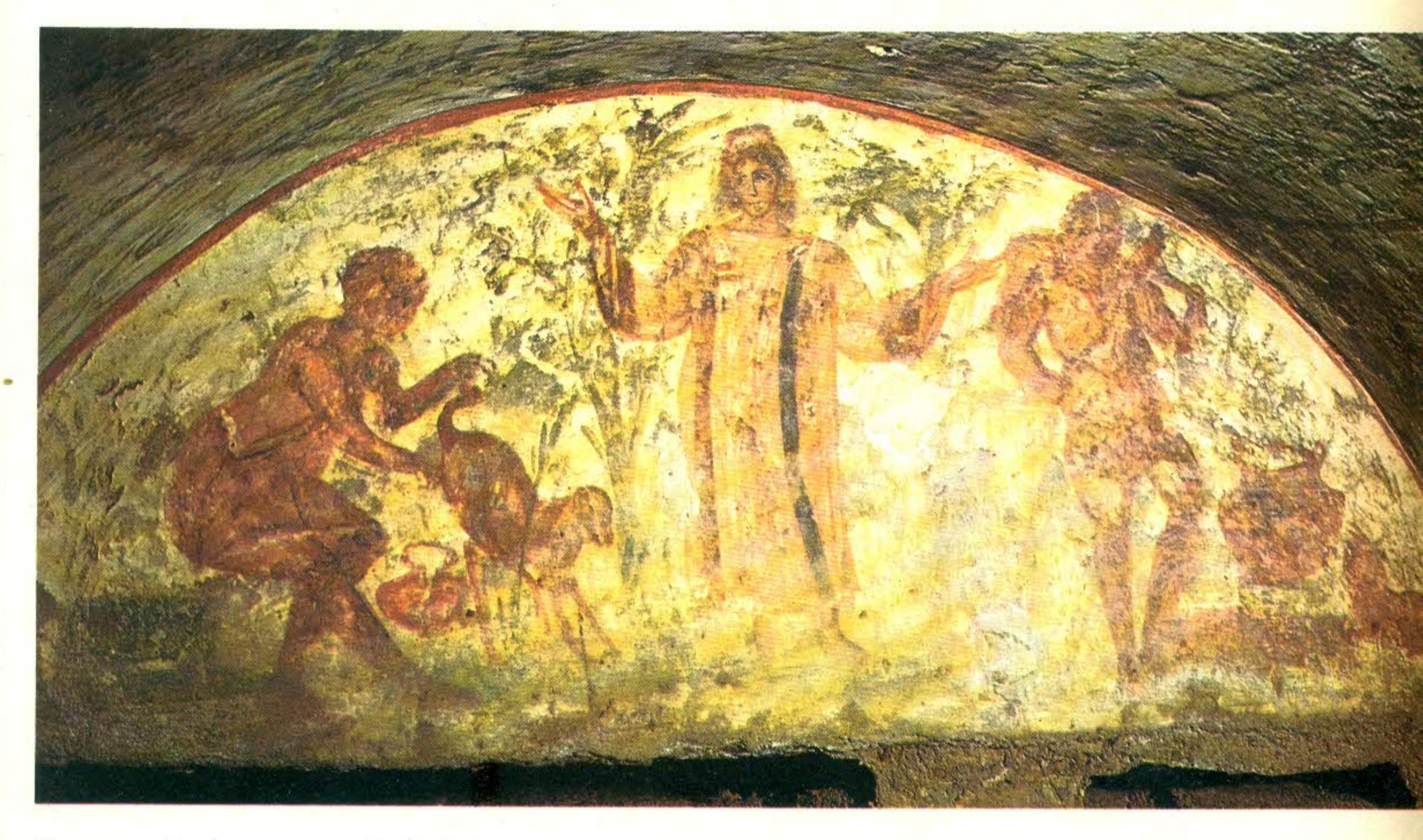


Representación de un orante rodeado de dos escenas pastoriles en el "cimitero maggiore" de Roma.

Predicación del cristianismo. Persecuciones

He aquí la narración sucinta de la vida que llevaban los discípulos de Jesús, tal como se halla en los *Hechos de los Apóstoles:* "Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, y en la fracción del pan y en las oraciones. – Y toda persona tenía temor, y muchas maravillas y muchas señales eran hechas en Jerusalén por los apóstoles. – Y todos los que creían, estaban unidos y tenían todas las cosas comunes. – Y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos, según cada uno había menester. – Y perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan por las casas, comían con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y siendo bien vistos de todo el pueblo".

A cualquiera que, por las apariencias externas, juzgara de la vida de los discípulos de Jesús, podía parecerle que estos sólo constituían una agrupación de judíos piadosos o, a lo más, una institución cenobítica semejante a las de los esenios. Nada habría en ellos que repugnase a los judíos. Con todo, pronto estalló el primer conflicto con la Sinagoga. Los discípulos no podían recibir mejor trato que el Maestro.

Después de la Pasión del Señor, sus discípulos se prepararon para la venida del Paráclito o Espíritu Santo, según Él les había prometido, perseverando en la oración unánimemente. En cuanto a la comunidad, proveyeron tan sólo en que fuese completado el número de los doce apóstoles con la elección de Matías, que había andado siempre en compañía de ellos durante la vida de Jesús, a fin de que –son palabras de Pedro– fuese hecho testigo con ellos de su resurrección. En el día de Pentecostés, adelantándose

EL CRISTIANISMO HASTA EL ACCESO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO

14	Muerte de Augusto.
27-29	Pilato, procurador de Judea. Predicación de Juan Bautista.
H. 30	Muerte y resurrección de Cristo.
36	Poncio Pilato abandona Judea.
36-37	Martirio de Esteban.
37	Muerte de Tiberio; Calígula, emperador.
H. 38	Conversión de Pablo.
43-44	Martirio de Santiago, hermano de Juan.
49	Concilio de Jerusalén.
50	Los judíos, expulsados de Roma.
51-52	Pablo en Corinto.
54	Muerte de Claudio; Nerón, emperador.
58	Arresto de Pablo en Jerusalén.
62	Lapidación de Santiago, el "hermano del Señor".
64	Incendio de Roma: primera persecución.
66	Rebelión de Judea.
68	Suicidio de Nerón.
69	Vespasiano, emperador.
70	Toma de Jerusalén por Tito, hijo del emperador.
81	Imperio de Domiciano.
H. 95	Carta de Clemente de Roma a los corintios.
98	Muerte de Domiciano; Nerva, emperador.
H. 100	Muerte de Juan Evangelista.
111	Plinio el Joven, legado de Bitinia.
117	Muerte de Trajano en Oriente; Adriano, emperador.
132	Rebelión de los judíos.
155	Los judíos se rebelan.
161	Marco Aurelio, emperador.
161-169	Martirio de Policarpo de Esmirna.
163-167	Martirio de Justino en Roma.
H. 170	Aparición del montanismo en Asia Menor.
175-177	Mártires de Lyon; Ireneo, obispo de Lyon.
179	Abgar IX, rey de Osroene (Edesa), primer soberano cristiano (?).
180	Muerte de Marco Aurelio.
185	Nacimiento de Orígenes.
189-190	Disputa pascual bajo el pontificado de Víctor.
193	Clemente enseña en Alejandría. Fin de la dinastía de los Antoninos: Septimio Severo, emperador.
197	Tertuliano: *Apologeticum.* Edicto de Severo prohibiendo el proselitismo judío y cristiano.
203	Hipólito: *Comentario sobre Daniel.*
207	Tertuliano bajo la influencia dominante del montanismo.
217-222	Calixto, papa. Reforma de la penitencia. Condenación de Sabelio. Cisma de Hipólito.
218	Heliogábalo, emperador, se relaciona con el ambiente de las religiones orientales.
222	Alejandro Severo, emperador, toma contacto con un ambiente influido por el cristianismo.
226	Los sasánidas sustituyen a los partos en la dirección del imperio iranio e impulsan una fuerte reacción nacional frente a ciertas influencias occidentales.
231	Orígenes, ordenado sacerdote.
235	Asesinato de Alejandro Severo; Maximino, emperador. El papa Ponciano y el antipapa Hipólito, deportados a Cerdeña.
241	Sapor I, rey de los persas.
242	Comienza la predicación de Mani.
244	Plotino en Roma.
247-248	Dionisio, obispo de Alejandría.
249	Cipriano, obispo de Cartago.
249-250	Edicto de persecución de Decio. Martirio del papa Fabián. Invasión de los godos.
251	Cornelio, papa. Sínodo de Roma contra el cisma de Novaciano.
252	Muerte de Orígenes.
256	Los persas toman Antioquía. Sínodo de Cartago.
257-258	Persecución. Martirio del papa Sixto II, del diácono Lorenzo, de Cipriano de Cartago.
259	El emperador Valeriano cae en poder de Sapor.
260	Galieno, único emperador. Sínodo de Roma. Edicto de tolerancia de Galieno.
264-265	Los godos en Éfeso y Grecia. Muerte de Dionisio de Alejandría.
268	Claudio II, emperador, detiene a los godos. Sínodo de Antioquía. Condenación de Pablo de Samosata.
269	Muerte de Plotino.
272	Aureliano toma Palmira.
276-277	Invasiones bárbaras.
280	Conversión de Tirídates, rey de Armenia.
284	Diocleciano, emperador.

Pedro con los once a la gran multitud que se había congregado a causa del prodigio, les evangelizó a Jesucristo resucitado; en aquel sermón hállase el arquetipo de la predicación apostólica a los judíos.

Pocos días después San Pedro y San Juan curaron en nombre de Jesús a un cojo de nacimiento que pedía limosna en la puerta del templo, y mientras estaban predicando en el pórtico de Salomón, los sacerdotes, los custodios del templo y los saduceos, irritados al escuchar como aquéllos enseñaban al pueblo, cayeron sobre los dos apóstoles y los prendieron. San Pedro, delante del sanedrín, habló de "Jesús de Nazaret, el que vosotros crucificasteis", con una constancia que sorprendió a los acusadores. Los *Hechos* añaden que los judíos advirtieron que los apóstoles eran "hombres sin letras e ignorantes", pero que daban pruebas "de haber estado con Jesús". Así ya no es de extrañar que el pequeño grupo de Jerusalén creciese rápidamente, pero tampoco que arreciasen las persecuciones. El primer mártir, San Esteban, fue acusado de blasfemo contra Moisés y contra Dios, que para los judíos quería decir la Ley y el Templo. La defensa de San Esteban es un sumario de la historia del pueblo judío, con objeto de probar que la venida de Jesús entraba desde el principio en los planes de Dios y que el mismo Jesús era Hijo de Dios. Esteban recordó, a propósito de Jesús, el versículo del salmo 102, que dice que los cielos son obra de sus manos. Y, naturalmente, al llegar aquí, de acuerdo con la Ley, San Esteban fue condenado a morir apedreado.

El martirio de Esteban confirmó a la Iglesia naciente, y con ímpetu único en la historia de la Humanidad los apóstoles y

Escultura del apóstol San Pedro, del siglo XV, en el pórtico de la catedral de Šibenik, Dalmacia. Pedro creyó siempre en la posibilidad de ser fiel, a un mismo tiempo, a la fe cristiana y a la ley judía. Por eso se opuso a Pablo en el trato con los judeocristianos, temiendo que volvieran al judaísmo.



sus discípulos se lanzaron a la predicación. Por lo pronto, San Felipe se encaminó a la aborrecida Samaria, y otros irían más allá de las fronteras de Judea, porque San Pedro y San Pablo encontraron ya conversos y comunidades en Jaffa, Damasco y Antioquía pocos años después. Los judíos bien podían haber recordado el consejo prudente del rabino Gamaliel: "Si este designio es obra humana, se desbaratará por sí misma; pero si es de Dios no la podréis desbaratar, sería combatir contra Dios". En efecto, en el decurso de pocos años, el mundo atónito vio realidad palpable la misión dada por Jesús a los apóstoles: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado".

Algunas de las primeras comunidades debían de tener un carácter mixto judío-cristiano; las enseñanzas que les habían llegado de Jesús eran muy vagas, pero, pese a ello, las Iglesias o asambleas se organizaron con sorprendente uniformidad. Éste es uno de los hechos más extraordinarios de la historia del espíritu humano: que sin una dirección central en Jerusalén, sin un dogma bien definido, el culto se practicara del mismo modo en los lugares más apartados. Sería uno de los efectos del Espíritu Santo. Movidos por un mismo impulso, los fieles se reunían a lo menos una vez por semana, los sábados por la noche. Algunas de estas comunidades continuarían reuniéndose en viejas sinagogas, donde los conversos estaban en mayoría, pero muchas veces el culto se celebraba en una casa particular, en una sala o en un desván, como en Troas, y hasta en un sitio o paraje al aire libre, como en Filipos. El culto consistía en espontáneas plegarias e himnos que se cantaban en común. Cuando alguno de los reunidos tenía el don de la profecía o del ministerio sacerdotal, predicaba un breve sermón antes de la cena. Cada uno de los miembros de la asamblea llevaba su refacción, más o menos abundante según sus medios propios, pero luego de

Escena del banquete eucarístico, de fines del siglo II, en las catacumbas de Priscila, Roma. La "fracción del pan" empezaron a realizarla los discípulos de Jesús en sus reuniones después del día de Pentecostés.



El emperador Nerón (Museo de las Termas, Roma), que, al echar las culpas del incendio de Roma, por él provocado, sobre la reciente comunidad cristiana de la ciudad, hizo la primera publicidad de los cristianos, que, precisamente por ser sangrienta, se hizo incontenible para el Imperio.

reunidos estos manjares, se distribuían entre todos, sin distinción de clase ni edad. Finalmente, llegaba el momento sacramental de partir el pan y beber del cáliz, que al efecto pasaba de uno a otro, según lo había enseñado Jesús. "Tomad y comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros es partido; haced esto en memoria mía... Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria mía." A lo que no deja de añadir San Pablo que "todas las veces que comiereis este pan y bebiereis de esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga". Esto es, que con tales palabras no sólo se conmemoraba su muerte y pasión, sino que se renovaba la esperanza de su segunda venida.

Sin embargo, impresiona ver como en estos tiempos ocupa poco lugar en la preocupación general la inminencia de la *Parusía,* o segunda venida de Jesús; estamos lejos de la carta de San Pablo a los tesalonicenses, en que el Apóstol de los Gentiles resuelve sus dudas sobre la próxima venida del Señor y se esfuerza por disipar sus temores y devolverles la tranquilidad. Una fuerza enorme de expansión y de juventud lleva por doquier a los apóstoles para crear nuevas cristiandades. Son frecuentes en la edad apostólica los dones extraordinarios:

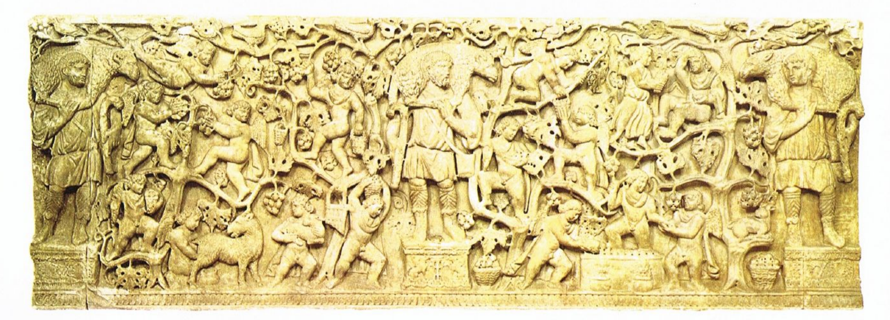
el don de profecía, el don de hablar lenguas extrañas, el de hacer milagros. A poco tiempo de predicar en Jerusalén, la muchedumbre de conversos fue aumentando en tal forma que obligó a los apóstoles a nombrar diáconos coadjutores para que cuidaran de la administración de las limosnas y, sobre todo, para que les ayudaran a predicar y bautizar a los nuevos creyentes.

Por otro lado, la predicación a los gentiles y a los conversos del judaísmo obligó a que se abandonaran poco a poco ciertas prácticas tradicionales, que arrancaban de una interpretación meticulosa de la Ley. Las tres cosas que parecían repugnar más a los gentiles eran la circuncisión, la prohibición de manjares impuros y el sábado. La circuncisión, sobre todo, enfurecía a los grecorromanos; el emperador Adriano ordenó castigar esta práctica como una mutilación del cuerpo. Es uno de los méritos de San Pablo el haber acabado con la pesadilla de la circuncisión, y sus cartas y los *Hechos* ponen de relieve que encontró seria oposición entre los discípulos de Jesús que permanecían en Jerusalén. Pero como ocurre siempre entre los justos, hasta aquellos que resultaron vencidos, que en este caso fueron los partidarios de la circuncisión, en lugar de enfurecerse y protestar, encontraron la consolación interior encerrándose en un ideal de pureza. La resolución de los apóstoles en el concilio de Jerusalén prueba esta concordia de voluntades. El jefe de los judíos cristianos parece haber sido el apóstol San Jaime el Menor, pariente de Jesús. He aquí la descripción que hace de él Hegesipo: "Jaime, llamado el Justo, era santo desde antes de nacer. Nunca bebió vino ni comió carne. Nunca se cortó el cabello ni se ungió con aceite, ni se bañó con agua caliente. Él podía interceder con Dios (entrar en el *Sancta Sanctorum);* nunca llevó vestidos de lana, sino ropas de lino. Iba solo al Templo, para rogar por el perdón de su pueblo, y sus rodillas se habían endurecido como las de un camello de tanto arrodillarse. Por causa de su piedad fue llamado el Justo y *Oblías,* que quiere decir *el Guardián..."*

Así, pues, no es de extrañar que mientras San Pablo y San Pedro iban haciendo concesiones a las gentes no judaicas que atraían a la nueva fe, San Jaime, viviendo en un ambiente israelita en que era muy otro el problema, tuviera dificultades al principio para admitir el criterio universalista, y hasta que pudiesen parecerle exageradas las palabras de San Pablo, en especial cuando decía que "todas las cosas a la verdad son limpias"



Imagen del Buen Pastor, del siglo VI (Museo Arqueológico, Constantinopla). Esta figura, ya existente en la antigüedad pagana como símbolo funerario, tomó consistencia en el cristianismo como imagen de Jesucristo, que había dicho: "Yo soy el buen pastor".



Sarcófago cristiano del siglo IV con representación de tres imágenes del Buen Pastor en medio de una animada escena de vendimia (Museo Pío Clementino, Vaticano).

EL LIBRO DE LOS "HECHOS DE LOS APOSTOLES": ¿PRIMERA HISTORIA DE LA IGLESIA?

Tradicionalmente, al escribir la historia de la Iglesia se estudia en capítulo aparte la vida de Jesús y luego, tras los acontecimientos de Pentecostés, comienza el estudio de la Iglesia fundada por Jesucristo. En realidad, se proyecta un esquema lógico, pero sin tener en cuenta las diferencias existentes con nuestros actuales métodos de transmisión histórica. En comentarios anteriores señalamos que, a diferencia de los tiempos actuales en que la historia puede registrarse de inmediato, los Evangelios presentan a Jesús a través de unas experiencias y unos acontecimientos propios y exclusivos de la primitiva Iglesia. Y que, por tanto, es fácil comprender que en esos documentos podamos encontrar datos para describir la vida de Jesús, lo mismo que descubrir de alguna manera cuál sería la vida, necesidades o preocupaciones de la comunidad donde tuvieron origen esas narraciones. A pesar de todo, en esa interrelación de Jesús y comunidad creyente apenas nos es posible alcanzar un desarrollo histórico de cómo sería su vida, al menos en el sentido a que actualmente estamos acostumbrados. En ocasiones se trata aparentemente de una narración sobre Jesucristo, pero refleja más bien una situación concreta de la comunidad que la transmite.

Hay un libro, sin embargo, que tradicionalmente es considerado como la primera historia eclesiástica: el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Pero este libro no está libre de los problemas generales de toda literatura bíblica ni de las circunstancias especiales en que aparecieron los Evangelios. No es difícil descubrir en él, después de un científico estudio crítico-literario, como junto a su afán histórico andan las necesidades de tipo teológico y apologético, que indudablemente pueden condicionar el sentido de la lectura e interpretación de su contenido. Es un hecho común a todos estos escritos que responden a unos objetivos muy concretos, que además influyen en la concepción y redacción de la obra.

El libro de los *Hechos* no tiene por qué haber escapado a esa circunstancia. En efecto, en éste aparece la Iglesia en sus primeros momentos, pero no es directamente de él de donde pueden deducirse datos suficientes que sitúen a la Iglesia primitiva. Antes de ello es necesario alcanzar el medio ambiente y las circunstancias en que se escribió la obra, para lo que es indudable que también sirve indirectamente el mismo libro. Éste posee unas expresas intenciones apologéticas que le preocupan más que exponer la historia de la primera Iglesia y que explican el carácter incompleto de la obra y las lagunas existentes, lo mismo que el desconocimiento de las Epístolas de San Pablo, frente a las que se observa una clara idealización, o la falta de representación que hay de las comunidades de Alejandría o del Oriente.

El programa del autor es fundamentar la existencia de la comunidad primitiva sobre unos "testigos" y unos "testimonios", elaborando teológica y apologéticamente el desarrollo de la Iglesia hacia la gentilidad, apartándose del judaísmo y respondiendo así a lo anunciado por Jesús. Los cristianos fueron considerados durante muchos años como una "secta" judía. San Pablo, ante el procurador Félix, tras el alegato de Tértulo que acusaba a Pablo como "jefe de la secta de los nazareos", confiesa que sirve al Dios de sus padres "con plena fe en todas las cosas escritas por la Ley y los Profetas, según el camino que ellos llaman secta...".

Probablemente, en un principio los discípulos de Jesús se separaron menos del judaísmo que los mismos esenios. Como ellos, o como los fariseos, los saduceos o los celotes, se consideraban como el "verdadero Israel". Mantenían, como miembros del pueblo israelita, las prácticas de la religión judía, observaban la Ley y los usos de los sacrificios judíos, pagaban el tributo al templo, se sometían a la jurisprudencia sinagogal, incluso se reunían en el mismo templo, y, a pesar de la consumación dada por su maestro a la Ley de Moisés, seguían fundamentalmente el Antiguo Testamento. Sin embargo, poco a poco se hicieron manifiestas formas propias llenas de extraordinaria capacidad evolutiva: el bautismo como rito de iniciación y sin tener que precederle la circuncisión; el estilo de oración en común en las casas particulares, que, a pesar de haber recibido influencias del culto sinagogal, se hizo independiente al ser excluidos los discípulos de la sinagoga; las comidas de carácter escatológico que tenían en comunidad, en las que se recordaba y esperaba al Señor; la forma de dirección y gobierno de la comunidad y el sentido de su convivencia en el amor. Todo ello aceleró, finalmente, el "proceso de desprendimiento" de la Iglesia naciente frente al judaísmo oficial.

Aunque el proceso de evangelización cristiana comenzó por los helenistas judeocristianos huidos de Jerusalén a causa de la persecución, los esfuerzos de Bernabé y Pablo —reconocidos por la comunidad primitiva en el "Concilio de Jerusalén"— dieron lugar a una cristiandad en la gentilidad sin necesidad de someterse a la circuncisión ni a la ley mosaica.

Este proceso de separación se consumó con la destrucción de Jerusalén. Los cristianos, que seguirían la actitud abstencionista iniciada por su maestro respecto de la potencia ocupante, no tomaron parte en el levantamiento contra los romanos. Fueron perseguidos como traidores, teniendo que huir a la Jordania oriental y propagando su fe por la zona fronteriza sirio-árabe. La Iglesia de Jerusalén dejó de imponerse como Iglesia madre, dirigiéndose ya hacia los paganos exclusivamente y dando lugar a una Iglesia pagano-cristiana que llegaría a tener su centro en Roma, capital del Imperio. La rivalidad entre judíos y cristianos fue creciendo y, tras abandonar su propia versión griega de los Setenta y repudiar el método alegórico de Filón, los judíos expulsaron a los cristianos de su comunidad nacional, e incluso en la principal oración rabínica se llegó a incluir la maldición de los "herejes y nazareos".

En este contexto es necesario valorar el sentido histórico del libro de los *Hechos de los Apóstoles*, que, en realidad, se centra principalmente en los hechos de tres personajes importantes para el programa del autor: exponer el "progreso del Evangelio" según el plan expresado en las palabras que el autor pone en boca de Jesús: "Seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y Samaria, y hasta los extremos de la tierra".

Efectivamente, los primeros capítulos tratan de la fase de Jerusalén y, en torno a la persona de Esteban, se va iniciando el intento de desplazar el cristianismo hacia los judíos de habla griega y hacia los prosélitos. Luego viene la extensión por Samaria, en torno a Felipe. En los capítulos restantes, tras la descripción de la primera extensión a los gentiles, se llega a la admisión en gran escala de los gentiles en la Iglesia, que posteriormente, personalizada en Pablo, continuará por Macedonia, Acaya y todo el mundo grecorromano hasta Roma, la capital.

Así, el autor demuestra que no era una religión hostil al Imperio romano y sí una religión lícita, al paso que tampoco quería ser una secta en oposición al judaísmo. Sin duda, si el libro aparece por el año 80, a diez años de la destrucción de Jerusalén, era necesario ese tipo de apologética. Y frente a la idea de que los judíos sí que se oponían al cristianismo, el autor construye el discurso de Esteban, con el que demuestra que los judíos ya habían procedido de manera similar otras veces al oponerse a los mensajeros divinos y que, lo mismo que rechazaron a Moisés, rechazaban también al sucesor de Moisés, Jesús, siendo así los verdaderamente opuestos al judaísmo los que se tenían por judíos, no los cristianos.

Es curioso señalar como el autor en los discursos que tienen lugar en Jerusalén utiliza la versión de los Setenta, actualizando lo primitivo para el mundo helenístico, donde el cristianismo estaba en franca expansión y a la que el autor pretende contribuir con su libro.

De esta manera, en una magistral combinación de teología, apologética e historia, aparece el libro de los *Hechos*, que, naturalmente, el historiador moderno habrá de utilizar con cautela, supuesto su gran valor para describir los orígenes de la comunidad apostólica.

J. M.ª P.



"San Pedro distribuyendo a los fieles los bienes de la comunidad", por Masaccio (Iglesia del Carmen, Florencia). El espíritu de la antigua cristiandad era que cada uno ofreciera para el bien de todos parte de sus ganancias. Engañar a la comunidad en esto era un pecado muy castigado por Dios.

o que "el hombre no será justificado por las obras de la Ley" y, por fin, que "no hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos sois uno en Cristo-Jesús". La epístola única que tenemos de San Jaime forma un gran contraste con las de San Pablo; podría tomarse como un texto judaico si no fuese porque menciona a Jesús como el Señor; pero, en cambio, continúa llamando sinagogas a las comunidades cristianas.

Y, con todo, hasta este apóstol judaizante fue martirizado por los judíos. He aquí la descripción de su martirio, como la copió Eusebio en su *Historia de la Iglesia:* "Habiendo llevado los escribas y fariseos a Jaime hasta un pináculo del Templo, le preguntaron, gritando: –Dinos tú, oh Justo, en el que todos tienen confianza; decláranos si Jesús es el camino, la verdad y la vida. –¿Por qué me pedís acerca del Hijo del hombre? Él está sentado en los cielos, a la diestra del Gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes.– Y cuando oyeron esto, algunos dijeron: –¡Hosanna al Hijo de David!...– Pero los escribas y fariseos arrojaron al santo varón de lo alto de la muralla, gritando uno a otro: –¡Vamos a apedrear a Jaime el Justo!– Y empezaron a lapidarlo, porque no había muerto de la caída...". Eusebio expone que el golpe mortal se lo dio un tonelero con una estaca.



La muerte violenta del más cercano pariente del Señor causaría gran impresión en las comunidades cristianas. Algunos judíos cultos, como Josefo, atribuyeron los males que cayeron sobre los judíos a castigo de Dios por el crimen de la muerte de Jaime el Justo. Por otro lado, los mandatarios del templo estaban de tal modo agobiados por los insolubles problemas nacionales, que no es extraño que se enfurecieran contra "una secta" que esperaba la salvación de las doctrinas de "un profeta" galileo que habían ellos crucificado pocos años antes. La nación judía estaba agonizando. No sólo era la opresión de los romanos, sino pestes y hambres también, que parecían castigo del cielo. En varias ocasiones, la desesperación llevó a los judíos a rebelarse y Jerusalén fue sitiada y destruida dos veces por las legiones de Tito y de Adriano. Este último mandó edificar, sobre las propias ruinas del templo de Jehová, un nuevo templo a Júpiter Capitolino. Y entonces el pueblo judío abandonó la Palestina, dispersándose sobre la faz de la tierra, hecho que se conoce universalmente con el nombre de *Diáspora* o dispersión.

Esta dispersión, iniciada en siglos anteriores, facilitó la predicación del cristianismo. En cualquier lugar del Oriente adonde llegaran los apóstoles, tenían casi la seguridad de hallar un grupo de judíos. A ellos predicaban primeramente, y por lo regular se producía una escisión: algunos aceptaban a Jesús por el Mesías y se bautizaban. Para muchos, el bautismo era el sacramento de la iniciación cristiana y producía efectos carismáticos, esto es, don de lenguas, profecía, etc. No es, pues, de extrañar que los conversos se mostraran llenos de celo por los beneficios espirituales que percibían en su alma, y tampoco es maravilla que los que permanecían adictos a la sinagoga fueran los peores enemigos de los cristianos. Las actas de los mártires muy a menudo nos enteran de que los judíos delataban a los conversos a las autoridades romanas. Ser tachado de judaísmo pronto pareció una

El apóstol San Pablo, escultura del siglo XV del pórtico norte de la catedral de Šibenik, Dalmacia. A pesar del balance positivo de la predicación de Pablo, éste encontró pronta hostilidad de parte de los judeocristianos porque, intentando hacer comprensible el evangelio a los paganos, pretendía librar al cristianismo de sus ataduras judías.

herejía. Para Ignacio, el santo mártir de Antioquía, guardar el sábado era casi apostatar. Marción llegó al extremo de blasfemar del Dios del Sinaí, diciendo que la justicia de la Ley no sólo era imperfecta, sino opuesta a las enseñanzas de Jesús.

Claro está que la Iglesia condenó a los secuaces de Marción, porque si el Dios del Antiguo Testamento no era el verdadero Dios, tampoco se podía dar fe a las profecías. Pero la posición antijudaica de un santo ortodoxo, como Ignacio, y un hereje, como Marción, prueban que el abismo abierto entre la Iglesia y la Sinagoga era definitivo ya al empezar el siglo II.

Pronto el cristianismo se extendió también a las provincias occidentales del Imperio. En la epístola de San Pablo a los romanos, el apóstol envía saludos a los cristianos establecidos en Roma. Algunos se reunirían con sus hermanos en sus propias casas; así a lo menos parecen indicarlo las palabras del apóstol cuando habla de "los hermanos que están con ellos". La mayoría de los nombres de estos primeros cristianos de Roma son griegos; algunos serían libertos y esclavos de Narciso, el valido de Nerón, y probablemente se reunirían en una escondida dependencia del Palatino. Otro, llamado Hermas, acaso sea el mismo que después escribió *El Pastor,* tratadito delicioso que llegó a leerse con las epístolas canónicas. Otro, Lino, es seguramente el que encabeza el catálogo de los obispos de Roma después de San Pedro.

Es más, en el propio reinado de Nerón un incendio destruyó parte de Roma y de él se acusó a los cristianos. Fue el año 64; esto prueba que, poco más de treinta años después de la muerte del Señor, ya había bastantes cristianos en Roma para poder imputarles semejante crimen. Los informes que de él tenemos arrancan nada menos que de los *Anales* de Tácito. En ellos hay un párrafo que dice así:

"Todos los esfuerzos y munificencia del emperador fueron insuficientes para desvanecer el rumor siniestro de que él había ordenado el incendio. Para disipar esta creencia y culpar a otros, martirizándolos, Nerón acusó a los cristianos, que el pueblo odiaba por sus abominaciones. El Cristo, del que ellos tomaban el nombre, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio, bajo la procuradoría de Poncio Pilato. Esta maligna superstición, reprimida por algún tiempo, se reavivó de nuevo, y no sólo en la Judea, donde se originó el mal, sino hasta en Roma, donde encuentra refugio todo lo que es malsano y corrompido. En consecuencia, algunos cristianos, conducidos ante el tribunal, fueron convictos, no tanto de



La predicación de San Pablo en Éfeso chocó con las costumbres de sus habitantes, que adoraban a Diana, diosa asiática de la fertilidad, en un templo al que acudían peregrinos de todas partes. La pieza del siglo II aquí reproducida representa a la diosa (Museo Arqueológico de Selçuk, Éfeso).



haber causado el incendio como de detestar a la Humanidad. Envueltos en pieles de animales fueron despedazados por los perros, crucificados o quemados vivos, y algunos sirvieron de antorchas encendidas durante la noche. Nerón ofreció sus jardines para este espectáculo, y hubo carreras de carros, en las que el emperador se mezcló con la gente vestido de auriga. Y he aquí que estos criminales, que merecían castigos ejemplares, despertaron un sentimiento de compasión, porque pareció que no eran sacrificados por el bien común, sino para satisfacer la crueldad del tirano".

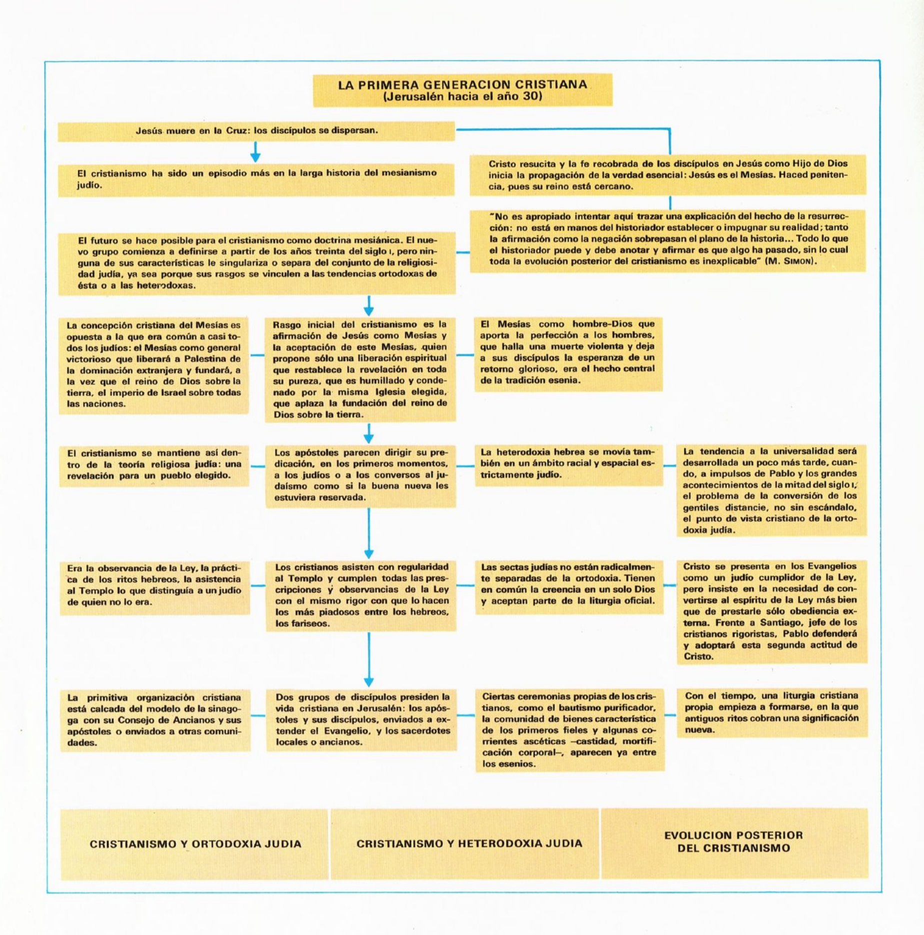
Este párrafo se encuentra en los dos manuscritos más antiguos de Tácito, uno del siglo IX y otro del XI, y no cabe creer que en aquella época se hiciera una tan magistral falsificación del estilo del gran historiador romano. Debemos considerarlo, pues, como el documento más antiguo en que se refleja el disgusto con que era visto el cristianismo entre las gentes de educación clásica. Tácito, evidentemente, no acepta la suposición de que el incendio de Roma fuese obra de los cristianos; lo único que sería dable imaginar es que algunos de ellos, que con sencillez de corazón esperaban ver la tierra envuelta "en sangre y fuego y vapor de humo", tomasen tal desastre como el principio del fin. Todavía hoy algunas sectas protestantes esperan el cataclismo preliminar de la segunda venida de Jesucristo de un momento a otro. Se llaman a sí mismos "los santos de los últimos días".

Según el historiador romano, los cristianos eran odiados por el pueblo porque su fe era una maligna superstición y merecían castigos ejemplares. En cambio, la admiración que produciría "la constancia", o fe de los mártires, se refleja también en el párrafo transcrito. No es extraño, pues, que si en un pagano los mártires despertaron compasión, los fieles sintiesen verdadero culto por ellos. En esta primera persecución de Nerón sufrieron martirio en Roma San Pedro y San Pablo, y la tradición revela allí su culto ya en el siglo II.

En torno a tal fecha y a tal acontecimiento puede situarse el término del primer período del cristianismo. La persecución de Nerón, en la forma en que la describe Tácito, revela que ya no existe la confusión política entre el cristianismo y el judaísmo. Los cristianos son perseguidos como tales, y realmente constituyen ya por doquier una sociedad organizada, cerrada incluso al trato común con judíos y gentiles. Los escritores católicos han probado recientemente que, ya desde un principio, no fue el cristianismo un movimiento puramente espiritual, sino una Iglesia de fieles adoctrinada según un catecismo oral, debidamente garantizada y regida por una jerarquía especial, funcionando con un culto colectivo propio, cuyo centro era la *sinaxis* eucarística. De los *Hechos de los Apóstoles* aparece ya claramente esta síntesis orgánica de la Iglesia naciente: la predicación evangélica como doctrina autenticada por la resurrección de Jesús, Hijo de Dios y Redentor de los hombres; la jerarquía primera de los apóstoles con San Pedro a la cabeza, como realización visible del: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam;* los sacramentos, el bautismo, la imposición de manos, la eucaristía, la ordenación de los presbíteros al frente de las nuevas comunidades... La aparición de los Evangelios sinópticos hacia el año 60, como fecha extrema de su composición, es el testimonio

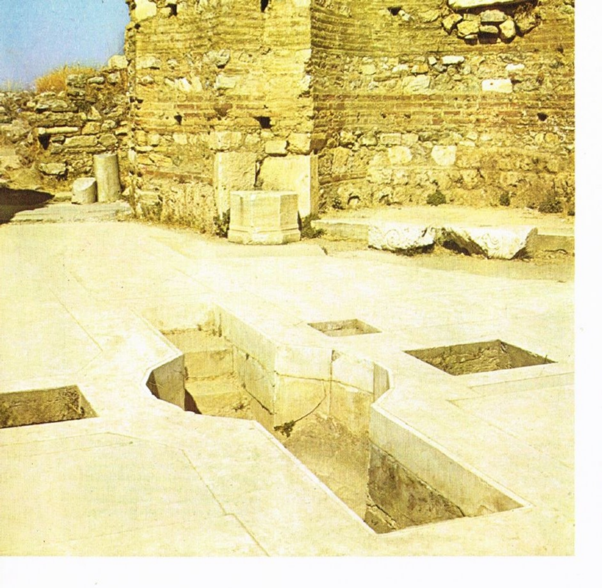


Moneda del emperador Decio (Biblioteca Nacional, París), el cual, habiendo organizado un sacrificio general de todo el Imperio a los dioses inmortales, puso a muchos cristianos en situación dramática. Sólo se exigía quemar unos granos de incienso delante de los ídolos, pero muchos no quisieron y provocaron una sangrienta persecución.



definitivo de la catequesis apostólica, así como las *Epístolas* de San Pablo lo son del desarrollo simultáneo de la doctrina y la organización eclesiástica: obispos, presbíteros, diáconos. La Iglesia-madre de Jerusalén y las de Antioquía y Roma son los centros principales que atestiguan el desarrollo de la fe en el mundo y la unidad de las instituciones cristianas. La existencia de una organización ya uniforme en el último tercio del siglo I tuvo hace ochenta años una brillante confirmación al descubrirse en Constantinopla el inestimable documento llamado la *Didaché o doctrina de los Apóstoles*. La *Carta primera de San Clemente Romano* confirma también la existencia de una organización y jerarquía eclesiásticas en la segunda generación cristiana. Muy pronto, pues, luego de la muerte de Jesús, aparece la Iglesia organizada y extendida ante el Imperio, que por su parte ha empezado ya a perseguirla.

Mas, pese al testimonio de Tácito, no

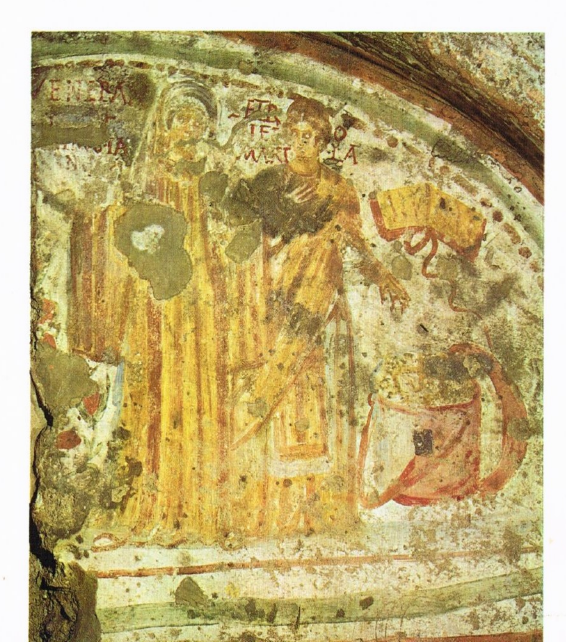


Fuente bautismal en el interior de la basílica de San Juan, en Éfeso, donde, según era costumbre en los primeros siglos del cristianismo, se practicaba el bautismo por inmersión.

resulta muy claro por qué los cristianos tuvieron que aparecer a los ojos de los romanos como una maligna superstición. Muchas de las sectas orientales que florecían en Roma tenían el mismo prurito de vivir únicamente para su Dios después de haber pasado por las ceremonias de iniciación, que regeneraban al neófito, y no hay recuerdo de que el gobierno imperial romano se ensañara con ninguna de ellas como lo hizo con el cristianismo. Más tarde la Iglesia se ha enorgullecido de las persecuciones; Pablo Orosio las compara a las diez plagas de Egipto y señala una para cada uno de los reinados de Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano.

El carácter de estas persecuciones dista mucho de ser uniforme. La de Nerón fue puramente local, y por un crimen que nada tenía que ver con la religión. Los motivos que tuvo Domiciano para perseguir a los cristianos no los han manifestado ni los escritos de los Padres de la Iglesia ni los historiadores romanos. Suetonio no nos da la menor indicación de que Domiciano tuviera opiniones muy definidas en materias religiosas; pero sin duda los cristianos por esta época serían calumniados por los judíos. Tanto Atenágoras como Tertuliano dicen que los cristianos eran acusados de traición, incesto y canibalismo. La primera acusación era justificada: los cristianos se negaron siempre a prestar culto al emperador, y esto equivalía a faltar a los deberes cívicos. Esta falta fue más tarde la única de que se culpó a los cristianos.

El crimen de incesto podía ser justificado también en algunos casos, sobre todo si se juzgaba de acuerdo con la ley mosaica, y no olvidemos que los judíos eran los principales



Pintura mural de las catacumbas de Domitila, Roma, de la segunda mitad del siglo IV, que representa a las mártires cristianas Veneranda y Petronila. Venida la primera de la Galia y convertida la segunda por el propio San Pedro, ambas sufrieron martirio a los primeros ataques de la persecución.



Miniatura de un evangeliario griego del siglo XI que representa el suplicio del fuego dado a un cristiano (Biblioteca Nacional, París). En general, el motivo de las persecuciones contra los cristianos no era el hecho de practicar otra religión, ya que el estado romano era muy tolerante, sino dejar de cumplir una ley del estado que era dar culto al emperador.

acusadores de los cristianos. Hasta el mismo San Pablo, en la primera epístola a los corintios, se escandaliza como de cosa desconocida aun entre gentiles porque uno de los miembros de la comunidad se había casado con su madrastra. Es de presumir que muchos grupos de herejes tenían más empeño que los verdaderos fieles en encubrirse con el nombre de Cristo, y es bien sabido que el falso misticismo de los desviados les hace caer a menudo en enormes obscenidades, y que esto ocurría entre los herejes del Oriente y del África del Norte lo sabemos por los escritos de los propios Padres de la Iglesia; siendo así, tenemos que reconocer que algunas veces sería difícil para un magistrado romano distinguir entre las ovejas de Cristo y los siervos de Satanás.

Por último, se imputaba a los cristianos el crimen de canibalismo. Tertuliano dice concretamente que les acusaban de *sacra-*

EL EPISODIO DE ESTEBAN: ¿PRIMERA PERSECUCION CONTRA EL CRISTIANISMO?

Con el nombre de helenistas se designaba a los judíos a quienes la Diáspora había acostumbrado al uso corriente del griego. Ciertos grupos habitaban, sin embargo, en Jerusalén, y es uno de éstos, del que Esteban parece ser portavoz y jefe, el que se habría convertido desde los primeros momentos al cristianismo.

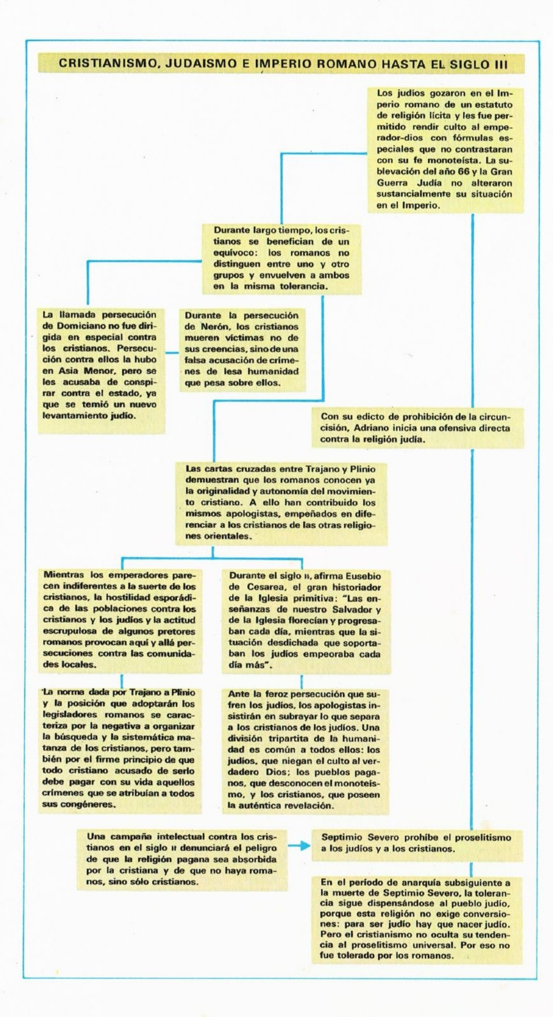
En los "Hechos de los Apóstoles" nos ha sido conservado el discurso que Esteban, acusado de predicar contra el Templo, pronunció ante el Sanedrín. Dos temas fundamentales expone el futuro mártir:

Desde Abraham, el pueblo elegido ha olvidado el mensaje divino: la hostilidad contra Moisés, el culto a los ídolos, la construcción del Templo, la condena de Cristo son algunos episodios de esta degradación de un pueblo. Esteban condena como herético y sacrílego el culto del judaísmo desde Esdras y Salomón.

Esteban aparece vinculado, por esta interpretación de la evolución del pueblo hebreo, a ciertas tendencias muy extendidas entre los judíos helenísticos —oráculos sibilinos—, que buscaban en un retorno a las fuentes de la religión judía una mayor y más pura espiritualidad.

En el Libro de Daniel aparece por primera vez la figura mesiánica del "Hijo del Hombre", recogida por algunas corrientes heterodoxas judías que la interpretarán en un sentido nuevo: el Hijo del Hombre es un Mesías destructor, acabará con el viejo orden caduco e injusto, instaurará en la tierra, juntamente con su reino, una nueva Ley, unas nuevas instituciones. Esteban identifica a Cristo con el Hijo del Hombre y es esta expresión, "Hijo del Hombre", de significado blasfemo y subversivo, la que excita contra él a la multitud.

"De hecho, el cristianismo naciente no ha encontrado la oposición unánime de las autoridades y la opinión judía mientras no ha puesto en tela de juicio los puntos considerados fundamentales e intangibles de la Ley. La predicación de Esteban contra el Templo provoca su lapidación. Pero la subsiguiente persecución se limita estrictamente al grupo de los helenistas, sus discípulos. Cuando los 'Hechos de los Apóstoles' nos dicen que toda la Iglesia de Jerusalén fue entonces dispersada con excepción de los apóstoles, es difícil aceptar este testimonio. ¿Por qué extraña aberración los judíos, si querían atacar a toda la comunidad cristiana, habrían respetado precisamente a sus jefes? En realidad, la continuación del relato implica que sólo el grupo helenista resultó afectado..." (M. SIMON).



mento infanticidii, esto es, de sacrificar niños para comer su carne y beber su sangre. Es singular que éste sea el mismo crimen de que se acusó a los judíos en la Edad Media y al que a menudo dieron fe las autoridades cristianas.

Hoy nos parece inverosímil e imposible que los discípulos de Jesús, que practicaban la caridad, fueran acusados de tan groseras falsedades, y así hubo de parecerlo también a algunos funcionarios romanos. Mas, a pesar de todo cuanto pueda decirse acerca del origen y valor de tales acusaciones groserísimas, lo cierto es que ninguna de ellas determinó las persecuciones desencadenadas contra la Iglesia. Bien se ve por el juicio que formaron de los cristianos los más cultos gobernadores de provincias y que se refleja en la tantas veces reproducida carta de Plinio el Joven, que gobernaba la Bitinia hacia el año 110. Su carta, dirigida al emperador Trajano, dice así:

"Señor, es costumbre mía dirigirme a vos en casos de duda. ¿Quién mejor que vos puede resolver mis dificultades y desvanecer mi ignorancia?

"Nunca tuve nada que ver en procesos de cristianos; no conozco los precedentes ni sé qué penas tienen que imponérseles. Tengo todavía mis dudas de si he de tratar a los jóvenes con un rigor distinto de los viejos; de si los que se arrepienten merecen castigo; de si debe perdonarse a los que, habiendo sido cristianos, han abandonado ya la secta y, sobre todo, si el nombre de cristiano es ya una prueba de inmoralidad.

"Hasta ahora mi manera de proceder con las personas acusadas de ser cristianas es la siguiente: les pregunto una, dos y tres veces si son cristianos, advirtiéndoles que si no lo niegan, tendrán pena de muerte. Si persisten en confesarse cristianos, los mando ejecutar, porque no hay duda que su obstinación merece ya el castigo. Hay otros, igualmente obstinados y locos, que son ciudadanos romanos, y éstos los envío a Roma.

"Como ocurre frecuentemente, el mal se extiende al reprimirlo y he notado diferentes variedades o sectas. A veces un anónimo me escribe el nombre de varias personas y algunas de ellas niegan ser o haber sido cristianas. Algunas repiten mi invocación a los dioses y ofrecen incienso y vino a vuestra imagen. Me han dicho que ninguna de estas cosas pueden hacer los que son verdaderamente cristianos; en consecuencia, a aquéllos los dejo inmediatamente en libertad. Otros, acusados por el anónimo, dicen que fueron cristianos hace dos, tres o veinte años, pero que ya no lo son; éstos declaran que su crimen o indiscreción fue que tenían que reunirse en días fijos, antes de salir el sol, para cantar himnos al Cristo, como a un dios, y comprometerse, con una fórmula sagrada, a llevar una vida de pureza, sin cometer robo, violencia ni adulterio, cumplir lo pactado y pagar las deudas. Era su costumbre, dicen, dispersarse pacíficamente después de

estas ceremonias y reunirse de nuevo para la comida de un manjar inocente; pero hasta esto han dejado de hacer desde la publicación de mi edicto, por el que, de acuerdo con vuestras instrucciones, prohibí las sociedades privadas. Más aún: creí procedente recurrir al tormento para obtener la verdad de dos mujeres diaconisas, pero no descubrí más en ellas que una creencia loca y extravagante.

"De todos modos, he suspendido mis sesiones en el tribunal para pèdiros consejo. Porque muchas personas de todas clases, sexo y edad son imputadas, y muchas más lo

Pintura del siglo III, en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino, de Roma, que representa a Adán y Eva expulsados del Paraíso cubriéndose con hojas de parra.





Sarcófago paleocristiano conservado en Santa María Antigua, Roma. Obsérvese que los rostros de los dos personajes centrales están sin terminar. Esto lo hacían adrede en los talleres para que el comprador pudiera hacer esculpir los rasgos del muerto en el personaje central. Éste sería, pues, un sarcófago para un matrimonio.

serán, pues la infección de este culto extranjero se ha esparcido no sólo por la ciudad, sino también por los pueblos y aldeas. Todavía creo que puede ser detenida y curada. Verdad es que algunos templos que acostumbraban estar llenos de gente están ahora casi desiertos y no se practica en ellos culto, y los que vendían forraje para las víctimas y sacrificios no encuentran quien lo compre. Pero esto indica cuán fácil es cambiar la opinión del pueblo si se le concede oportunidad para arrepentirse".

Hay que admirar el candor de esta carta y agradecer al buen Plinio la multitud de datos que nos procura. Sorprende, primero, que él, uno de los mejores abogados de Roma, no hubiese tenido que tratar con los cristianos antes de encontrárselos en Bitinia, adonde ha ido sólo por breve tiempo. Además, reconoce que existen varias sectas y dice que recibe información por anónimos, acaso de judíos o herejes. Plinio no halla pecaminoso en los cristianos nada más que su obstinación. Le parece un peligro la multitud de ellos en las ciudades y en el campo, pero cree que de la misma manera que dejaron otras supersticiones, dejarán de ser cris-

Una orante cristiana cubierta con un velo, pintada en el siglo III, en las paredes de las catacumbas de Priscila, en Roma.

tianos si se les da lugar de arrepentirse. Plinio aconseja, pues, hacer la vista gorda. He aquí la respuesta de Trajano, digna del gran emperador:

"Habéis procedido bien, mi querido Plinio, en los casos que mencionáis de los cristianos, porque no puede establecerse una regla general de procedimientos. Por de pronto, no hay que perseguirlos; si son acusados y confiesan, castigadlos, pero si uno dice que no es cristiano y lo prueba invocando a los dioses, no hay que preocuparse por su pasado; con el arrepentimiento ha merecido el perdón. No debéis aceptar delaciones anónimas, que son peligrosas e indignas de nuestros tiempos".

La carta de Plinio pone, empero, bien en claro que el único punto legal por el que la administración romana podía perseguir en masa a los cristianos era el de considerar ilícitas las asambleas o asociaciones de los fieles. La ley romana distinguía entre *colegios*, o corporaciones, *lícitos* e *ilícitos*. La diferencia capital estaba en que las corporaciones *lícitas* podían poseer, heredar, vender y pleitear con completa personalidad civil, mientras que las *ilícitas* carecían de estos derechos. Por lo regular, estas asociaciones *ilícitas* eran toleradas; pero el gran jurista Ulpiano declara formalmente que los miembros de un colegio ilícito son culpables de delito de sedición, que en la ley romana se castigaba con pena de muerte.

Es muy probable, pues, que en los años que median entre el reinado de Domiciano y el de Trajano debió de promulgarse un *senatus consultus* (cuyos texto y fecha no conocemos) declarando ilícitas las asambleas cristianas, y esto explica las penas de muerte que aplica Plinio, tan meticuloso en cosas de ley. Por esto también ya a principios del segundo siglo empiezan las apologías de los escritores cristianos, dirigidas a veces al propio emperador para convencerle de la inocencia de sus doctrinas.

Pero que los cristianos se daban cuenta de su fuerza, debida a su número y a su fe, y que algunos harían alarde de ello, parece manifiesto por la *Apología* de Tertuliano, de últimos del siglo II. Éste indica textualmente que los cristianos están esparcidos por todo el Imperio en multitudes enormes, y casi amenazan el poder civil. Por ahí debe hallarse la razón técnica de las persecuciones y de por qué la existencia del cristianismo apareció muy pronto como un peligro para el Imperio: no era un culto extranjero como los demás, y por tanto fácil de absorber o tolerar, sino lo que hoy llamaríamos una sociedad religiosa secreta constituida dentro del ámbito imperial.

CRISTIANISMO Y JUDEOCRISTIANISMO

CRISTIANISMO Y JUDAISMO

¿En qué medida los judíos convertidos al cristianismo deben sujetarse a las prescripciones de la antigua Ley?

CRISTIANISMO Y PAGANISMO

¿Las prácticas y ritos judaicos deben ser impuestos a los gentiles que se conviertan al cristianismo?

LA MISION DE PABLO Y BERNABE EN LICAONIA Y PISIDIA (45-48)

La acogida favorable que los paganos dispensan a su predicación impresiona a Bernabé y a Pablo; éste empezará ahora la elaboración de su teología, cuyos dos principios fundamentales parecen consecuencia de aquel hecho: si el pueblo elegido rechaza el mensaje divino, hay que llevarlo a los gentiles, más propicios a recibirlo; el cristiano salvado por Cristo no está sujeto a prácticas y ritos, que la venida del Mesías abroga para siempre.

EL LLAMADO INCIDENTE DE ANTIOQUIA

Por las mismas fechas, "gente venida de Judea" enseña en las comunidades cristianas de Antioquía que la observancia de la Ley, los ritos del culto judío y en especial la circuncisión son obligatorios para todos los cristianos.

LA PRESION JUDIA SOBRE LOS JUDEOCRISTIANOS

En el ambiente de nacionalismo exacerbado que está viviendo el pueblo judío hacia la mitad del siglo I, episodios de este tipo son frecuentes; por presión de los celotes y fariseos, algunos judeocristianos definen claramente la pertenencia de todos los cristianos a la comunidad judía, cuyo signo es la circuncisión.

LA POSICION DE PABLO Y BERNABE

Pablo y Bernabé, que han vuelto de su misión en Pisidia y Licaonia, sostienen en Antioquía la posición adoptada con respecto a las comunidades cristianas de origen pagano en aquellos países: ningún gentil está obligado a observar las leyes judías ni a sufrir la circuncisión.

AMBOS GRUPOS APELAN A LA COMUNIDAD APOSTOLICA DE JERUSALEN

LA DECISION ANTIJUDAICA DE LA REUNION DE JERUSALEN

Los apóstoles y ancianos de Jerusalén resuelven que los gentiles convertidos al cristianismo no sean obligados a seguir las costumbres judías ni a circuncidarse: el triunfo de la opinión de Pablo y Bernabé significa la ruptura del cristianismo con la religiosidad judía y la negativa a solidarizarse con el destino histórico de Israel.

LA ACTITUD DE PEDRO (49)

En un viaje a Antioquía, Pedro, muy influido por los medios judeocristianos, no comparte el pan –ceremonia eucarística– con los cristianos de origen pagano. La posición del primero de los apóstoles puede explicarse por el deseo de evitar una apostasía general de los judeocristianos.

LA RADICALIZACION DE POSICIONES HASTA LA GRAN GUERRA JUDIA

Año 49: Ruptura de Pablo con Bernabé y Marcos, partidarios ambos de una solución de compromiso en el conflicto con los judeocristianos. – Año 50: Pablo denuncia en sus epístolas la difusión de falsas esperanzas mesiánicas entre los cristianos, a imitación de los judíos, que ven en la rebelión contra Roma la ocasión propicia para el advenimiento del Mesías, libertador de su pueblo. Los gálatas, indica el apóstol, han vuelto a la idolatría judía. – Año 57: Numerosos cristianos se hallan mezclados en la proyectada sublevación contra Roma; en estas circunstancias, renunciar a la obligatoriedad de la circuncisión es una traición política; una decisión rígida en este sentido induciría a la apostasía de muchos de ellos; en todo caso, los expondría a la persecución por parte de los judíos. – Año 58: En un viaje a Jerusalén, Pablo, odiado entre los judeocristianos, realiza por consejo de los apóstoles un acto de lealtad judía: se dirige a orar al Templo. Acusado de sacrilegio, está a punto de morir lapidado. Denunciado a los romanos, permanecerá detenido o en libertad vigilada hasta el año 63. – Año 62: La hostilidad creciente contra los cristianos se manifiesta en el martirio de Santiago. – Año 66: Estalla la Gran Guerra Judía; la comunidad cristiana de Jerusalén se retira a Pela, lo cual equivale a un abandono total de la causa judía.

No menos significativo de una singularidad persecutoria aparece el texto de la carta primera de San Pedro: "Que ninguno de vosotros sea condenado por asesino, ladrón, malhechor o por meterse en lo que no le importa; pero si le condenan por cristiano, que jamás se avergüence de ello". Los cristianos

LAS PERSECUCIONES

Al tratar de hacer historia de las persecuciones con espíritu crítico y con el propósito de relatar los hechos tal como ocurrieron de verdad, resulta necesario establecer una serie de presupuestos que, aunque no inciden de lleno en la interpretación de semejante fenómeno persecutorio, al menos suponen como una especie de barrera de contención para no desfigurar los hechos con perspectivas románticas o idealizadoras o con visiones excesivamente globales y generalizadoras. Lo primero que reconocen los historiadores modernos de las persecuciones es que, aun con el riesgo de lastimar piadosos sentimientos, hay que admitir una romántica transfiguración del período de las persecuciones por parte de las generaciones posteriores, concretamente a partir de la cristianización del Imperio.

Al hablar de las persecuciones no se ha tenido inconveniente en tratarlas bajo un mismo capítulo, generalizando las circunstancias o causas de su aparición y otorgándoles globalmente un mismo común denominador como base de su interpretación. Sin embargo, es necesario estudiar cada una en su contexto sociopolítico, en sus interrelaciones religiosas, dada la imposibilidad, al menos en el estado actual de la investigación, de reducir a un conjunto unitario y global los motivos o causas de tal fenómeno. Es natural comprender que no es lo mismo estudiar los comienzos de la lucha con las persecuciones de Nerón o Domiciano que los movimientos hostiles tras el año 180, donde, a pesar de ellos, comenzó a constituirse la gran Iglesia. Lo mismo que no se puede globalizar la actuación de los emperadores romanos en un Imperio con claros signos de decadencia, sobre todo en el aspecto religioso.

Es necesario valorar suficientemente que las persecuciones ocupan un período de casi trescientos años, en el que se suceden más de cuarenta gobernantes, cuyas circunstancias de gobierno hay que conocer para poder valorar su actitud frente a la ya tradicional inseparabilidad entre patriotismo y religión estatal.

Las fuentes que nos hablan de las persecuciones poseen un valor limitado y relativo. Son escritos de origen exclusivamente cristiano y, salvo algunos documentos paganos de los que puede sacarse alguna noticia, no se poseen escritos en los que pueda conocerse con mayor precisión el punto de vista pagano. Desde antiguo, la literatura cristiana del tiempo de las persecuciones y la historiografía cristiana posterior impusieron la apreciación cristiana de los hechos. Así es como no se vio más que al monstruoso perseguidor por un lado, a quien luego le alcanzará su bien merecido castigo de parte de Dios, y por otro lado, a los escogidos y a los justos, que, al ser constantes en el martirio, se hacían acreedores de la imperecedera corona celestial.

Fueron sobre todo Eusebio y Lactancio quienes pusieron las bases de esta interpretación, que ha perdurado hasta los tiempos modernos: así, según ellos, las persecuciones, cuyo número quedó reducido definitivamente a "diez", se vieron ya predichas, en profética y mística anticipación, en las diez plagas de Egipto. A esto hay que añadir la aparición de una importante literatura que, sobre todo a partir del siglo II, daría origen a la "piedad martirial" y que tendría enorme fuerza de atracción para los cristianos, a quienes servía de consolación espiritual la idea de que el martirio cruento unía de forma especial con Jesucristo. Todo esto puede adquirir para el historiador moderno ciertos visos de idealización, obligándole a proceder con cautela en la utilización de las fuentes.

Respecto a la determinación de las causas o motivos inmediatos de las persecuciones, los historiadores modernos han descartado la idea de que pudiera haber existido una ley que regulase jurídicamente la actitud del estado romano frente a los cristianos. Según parece, ni siquiera a partir de las disposiciones penales de la famosa *lex maiestatis*. El "delito de lesa majestad", semejante a lo que hoy se llama rebelión o sedición contra la autoridad constituida, estaba regulado, ciertamente, por una ley de lo más imprecisa y que se prestaba a una caprichosa aplicación por parte de los emperadores, pero ocurre que en todos los procesos que se conocen jamás se habla de delitos de lesa majestad. Y, además, resulta curioso que fuese Trajano quien, si bien jamás quiso que se aplicase la ley de lesa majestad, estructuró jurídicamente el proceso contra los cristianos.

En cuanto al "culto del emperador", puede decirse algo parecido. La preocupación imperial por ampliar el ámbito de la religión estatal era notoria. Pero no ha de creerse que por ello fuese obligatoria la presencia, personal o comunitaria, en el acto del culto o que, a no ser en el caso de ostentar algún cargo público, la ausencia conculcase alguna ley. Además, en los escritos de Tertuliano se puede comprobar como, respecto de los cristianos, la moral del tiempo permitía la asistencia pasiva. Es necesario señalar también que no sólo los cristianos sentían necesidad de rechazar este culto, sino que, a pesar de ser utilizado por los emperadores como elemento integrante y de unión frente a las tendencias separatistas, y a pesar de ser un buen medio en la canalización de las emociones patrióticas (todavía cuando el estado se cristianizó existían nostálgicos aristócratas que cultivaban amorosamente el paganismo tradicional como esencia y origen del poderío de Roma), también otros grupos podían expresarse así, según Séneca el Joven, al constatar que "todos estos ritos los cumplirá el sabio como ordenados por las leyes, no como si fueran gratos a los dioses... Toda esta turbamulta plebeya de dioses, que en largo tiempo amontonó la superstición, la adoraremos teniendo en cuenta que su culto responde más bien a la costumbre que a la realidad".

Esta cita nos introduce en otro aspecto sumamente interesante: el papel político que para el Imperio romano tuvo la religión. Ya el historiador griego Polibio, dos siglos antes de Cristo, al visitar Roma quedó vivamente impresionado por la solicitud del gobierno para cuidar de sus ritos y edificios religiosos. Pero, a este respecto, los cristianos jamás fueron perseguidos por hacer sacrilegios o realizar ritos prohibidos, pues más bien se les consideraba "ateos" *(athei)* por no poseer un culto aparente. Además, la actitud del estado frente a las religiones venidas de Oriente era totalmente abierta. Y, junto al gusto y utilización política del culto al emperador, existía también una total aceptación de las religiones extranjeras. Se prefirieron los cultos exóticos, menos formalistas y estériles que los cultos ancestrales de Italia, buscando mitigar la inquietud, el tedio y el vacío religioso. Las religiones clásicas griegas y romanas, tras un período de disolución, hubieron de dar paso a reorganizaciones de tipo oriental. Al mismo tiempo, la superstición y la magia seguían alimentando las necesidades religiosas del pueblo, que consideraba raras las prácticas del culto al emperador y esotéricas las de las religiones mistéricas.

Este contexto religioso, que había de llegar a un sincretismo oficializado, es de significativa importancia para conocer el papel representado por las religiones judía y cristiana.

Se habla de un antijudaísmo en el mundo pagano, pero, por otro lado, es un hecho el alto grado de estima que, tras un proceso de helenización, logró el judaísmo entre los romanos. Sus ideales morales y su monoteísmo, así como su teología de la vida ultraterrena, encontraron abundantes adeptos entre los paganos. De hecho, su religión adquirió su *status* legalizado, con tal que orase por el emperador. Los prosélitos, paganos que se circuncidaban, recibían el bautismo de inmersión y participaban en los sacrificios judíos, pasando a formar parte del pueblo judío con la total aceptación de las obligaciones de la ley judaica, y los "temerosos de Dios", que, aunque no se circuncidaban, no podían resistir la atracción de la idea monoteísta y del culto de la Sinagoga, pasando a ser considerados como seguidores simpatizantes, eran sus mejores y más cuidadas adquisiciones.

El cristianismo, como defiende el libro de los *Hechos*, separado del judaísmo, también logró expansionarse hasta la misma Roma. Y, aunque había nacido a la sombra del judaísmo, es de suponer que en sus misiones por los paganos el enfrentamiento con el judaísmo sería ineludible.

Por otro lado, el hecho de que el cristianismo fuese considerado como una secta judía haría adoptar una actitud de reserva, al menos por parte de quienes se manifestaban abiertamente antijudíos. Máxime cuando las pretensiones de los cristianos eran las de poseer el único verdadero Dios y Salvador del mundo, de modo que su culto era incomponible con la existencia de cualquier otra forma cultual.

Es indudable que esta actitud provocó diversas hostilidades de parte de judíos y paganos. El judaísmo de la diáspora tuvo gran influencia: los judíos nunca perdonaron a los judeocristianos su apostasía de la fe de sus padres, lo que naturalmente, junto a la acción radical de los judaizantes, sería fuente de más de una acción conflictiva. Además, los cristianos fueron expansionándose al aprovechar núcleos de misión judíos, así como la traducción de la Biblia y los métodos interpretativos procedentes de la helenización filoniana del pensamiento judío, en el que habían nacido y del que eran tributarios.

Toda esta situación competitiva es necesario valorarla más de cara a hacer comprensiva la actitud del poder romano. Pero es que además el mismo cristianismo comenzó pronto a sentir la división provocada por las diversas interpretaciones doctrinales acerca del misterio de Jesús y de la obligatoriedad y dependencia de la ley mosaica. Cerinto, los ebionitas, los mandeos, el gnosticismo, representan corrientes religiosas de los primeros tiempos que también buscaban su puesto en el Imperio romano, junto a nuevos movimientos heterodoxos que irían apareciendo posteriormente y con más fuerza impugnadora. Entre éstos pueden citarse los iniciados por el retórico Frontón, Luciano de Samosata, Celso, el enfrentamiento con un gnosticismo más desarrollado y con las pretensiones internacionalistas de la Iglesia procurada por Marción, el auge del montanismo, etc. Todo ello tuvo que ser fuente de conflictos, al mismo tiempo que supusieron la exigencia de una reflexión más profunda y de una apologética bien estructurada para los cristianos, que en ocasiones, al llegar una situación persecutoria, habían de reconocer la carencia de buena formación por parte de sus adeptos.

Toda esta compleja situación politicorreligiosa es necesario examinarla insistiendo de nuevo en lo que suponía el Imperio romano. El poder romano parece que no intervenía en las cuestiones de religión a no ser en ocasiones de tumultos o situaciones extrañas que pudiesen inquietar su seguridad política. Los emperadores, salvo en el caso peculiar de Nerón, nunca tomaron la iniciativa de la persecución. Ya desde antes de Jesucristo, como en el asunto famoso de las bacanales o acerca de las actuaciones de astrólogos, adivinos o magos, se comprueba que su intervención era motivada por la repercusión política que pudieran tener.

Los cristianos, en su difícil caminar expansivo, tomaron como actitud, frente a los demás cultos, la de cerrarse en una separación absoluta. De aquí que, junto a los enfrentamientos con los demás grupos judeocristianos, haya que admitir una creciente animosidad de los paganos contra los cristianos, que en su comportamiento obligaban a considerarlos como enemigos declarados de la antigua civilización. Tal vez la literatura cristiana contemporánea pueda ser exponente de la escasa cuenta que se dieron de que su peculiar estilo religioso daba ocasión para ello. Su versión interiorizada de la religión, sus reuniones domésticas, sin necesidad de templos ni organizaciones sacerdotales, la ausencia de institucionalizaciones en una sociedad cristiana que se gobernaba por el amor, que les mantenía unidos fuertemente de cara a sus pretensiones de trascendencia y validez universal, no pudieron pasar inadvertidas para los paganos. De aquí que algunos autores hablen del odio a los cristianos como causa de las persecuciones.

Buscando una comparación no muy lejana a esos tiempos, puede recordarse el caso de la muerte de Jesús bajo la autoridad romana, pero víctima de las presiones provocadas por los partidos originados en el judaísmo oficial, que se encargaron de presentar a Jesús como elemento peligroso para la seguridad del estado. No sería nada extraño que algo parecido hubiera ocurrido en este período. La desestima general, la desconfianza y el rencor contenido que despertaban los cristianos y que hacía considerarlos como un hatajo de canallas, pudo provocar el que el vulgo se tomase la justicia por su mano o los arrastrase ante las autoridades civiles pidiendo tumultuosamente su castigo.

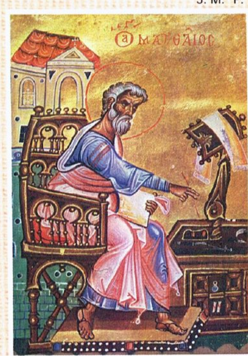
Por otro lado, los cristianos fueron creciendo y ocupando cada vez más puestos representativos en la sociedad romana, lo mismo en las clases elevadas que en las clases cultas, de las que pronto salieron obispos que gobernaron sus comunidades. Los períodos de tranquilidad, reflejo de la tan estimada *pax romana,* fueron abundantes y los cristianos los supieron aprovechar para estructurarse y organizarse como sociedad.

A la hora de representarnos la cantidad de muertes que provocaron las persecuciones es necesario no dejarse llevar por la idealización. Faltan estudios de demografía, lo mismo que de estratificación social, para lograr tener una idea más aproximada de la realidad. A través del culto a los mártires se puede alcanzar el sepulcro, que evidenciaría la existencia del mártir, pero es difícil encontrar información sobre el número, la clase de suplicio, su profesión, su edad, etc. La literatura más abundante tiene su origen en la "novelesca y primitiva literatura martiriológica de carácter legendario. En ella el mártir aparece siempre con rasgos teatrales, habla con elocuencia, obra un sinfín de milagros, provoca conversiones, etc., y con mucha frecuencia se presenta al emperador como juez, cosa que en la realidad era rarísima, y a veces actúan como perseguidores emperadores que jamás lo fueron, como Alejandro Severo y Numeriano, o aparece Diocleciano juzgando a los mártires romanos, a pesar de que casi nunca estaba en Roma"... De aquí que estas narraciones hayan falseado el cuadro de las persecuciones y que los "millares de mártires innominados no merezcan el menor crédito" (Hertling).

Este limitado y breve esbozo permite estimar la dificultad y complejidad a la hora de historiar este período. Es importante valorar cómo el cristianismo, que poseía como punto más conflictivo con las demás religiones su pretensión de fundar una comunidad unida en el amor y en las relaciones personalistas de su culto sacramental, lejos de los institucionalismos religiosos del Imperio o de las construcciones legalistas de los judíos, fue creciendo, sin embargo, hasta llegar a constituirse en la religión oficial del Imperio. Curiosa paradoja que obliga a estudiar más científicamente esta época de las persecuciones y a abandonar las interpretaciones exclusivamente provenientes de las teorizaciones institucionales a partir de la victoria sobre las religiones enemigas.

Como consideración final, ha de colocarse en esta perspectiva histórica la marginación automática que tuvieron las demás religiones, y entre ellas la especial exclusión del judaísmo. De manera más insistente se les hizo responsables de la muerte de Jesús, que había venido a instaurar el reino de Dios, cuya secuela e imagen eran el emperador y su imperio. Así, tal vez será posible ahondar en el conocimiento de un proceso que se inicia de un cristianismo surgido del judaísmo que, a través de enfrentamientos con el judaísmo, con sus respectivas apologéticas y movimientos heterodoxos, en un mundo romano vacío y sincrético religiosamente, llegó a alcanzar el favor del poder imperial.

J. M.ª P.





Lámpara cristiana del siglo IV con las figuras de los apóstoles Pedro y Pablo guiando la nave de la Iglesia (Museo Arqueológico Nacional, Florencia).

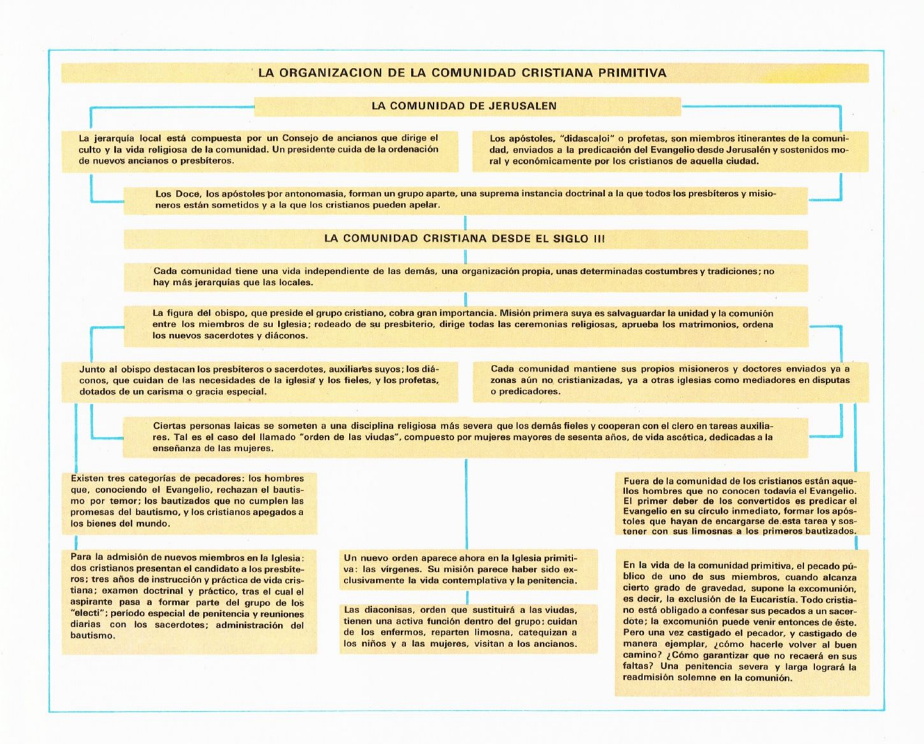
no olvidaron nunca esta recomendación. He aquí algunos párrafos del ya citado Ignacio de Antioquía, que escribe a los cristianos de Roma para prevenirles de su llegada en calidad de preso, acusado de ser cristiano: "Desde la Siria vendré a Roma para luchar con las fieras. Por mar y tierra, de día y de noche, vengo acompañado de diez soldados que son peores que diez leopardos. Sólo resultan más malos cuando alguien les trata bien. Que pueda yo tener la alegría de gozar con las bestias que están preparadas para mí, y que pueda animarlas para que me devoren pronto y no tengan miedo de atacarme. Si no me embisten, yo las obligaré. Perdonadme: ya sé ahora lo que es ser discípulo... Vengan el fuego, y la cruz, y el romperse los huesos y aplastarse todo el cuerpo, y todas las torturas del infierno, si esto me lleva a Jesús".

Para mejor demostrar todavía el espíritu de los mártires, vamos a copiar algunos párrafos de una carta de la Iglesia de Esmirna narrando el martirio de San Policarpo.

"Policarpo fue llevado en un carro al estadio de Esmirna por el capitán de la policía y su hijo. En el camino trataron de persuadirle con estas palabras: –¿Qué te cuesta decir *Santo César,* sacrificar y salvar tu vida?– Él, de momento, no contestó, pero después dijo: –No voy a hacer lo que me aconsejáis.– Por lo que le regañaron y, al bajar del carro, le dieron un empujón y se hirió en la barba con la caída. Pero levantándose entró en el estadio, como si nada le hubiera ocurrido, y se oyó una voz de lo alto que decía: –¡Policarpo, no desfallezcas, condúcete como un hombre!– En seguida el procónsul le preguntó si era Policarpo y después le dijo: –Tengo respeto por tu edad; jura por el genio del César, arrepiéntete y di: ¡Abajo los ateos!...– Pero Policarpo, mirando gravemente a la multitud, que llenaba el estadio,

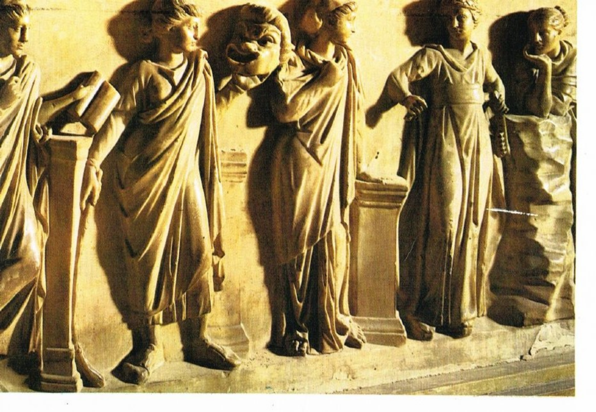


El evangelista San Marcos según un evangeliario bizantino del siglo X (Biblioteca Nacional, Viena). Escrito posiblemente antes del año 63, el Evangelio de San Marcos recoge la predicación de San Pedro, por lo que se supone que su autor fue discípulo del primero de los apóstoles.



suspiró, y de cara al cielo, dijo: –¡Abajo los ateos!– A lo que el magistrado, tomando ánimo, añadió: –Jura que reniegas del Cristo y te dejaré libre.– Policarpo le contestó: –Ochenta y seis años le he servido y no me ha hecho daño, ¿cómo quieres que blasfeme del Rey que me ha salvado?

"Otra vez el magistrado insistió, pero Policarpo dijo: –Si tú me pides que jure por el nombre del César, escucha lo que te digo: yo soy cristiano. Mas si tú deseas conocer lo que es el cristianismo fíjame día y hora y te lo enseñaré.– El procónsul (evidentemente señalando al gentío, ebrio de sangre, que llenaba el estadio) le dijo: –Persuade al pueblo primeramente... Mira, tengo bestias fieras y te echaré a ellas si no te arrepientes. –Arrepentirme del bien –replicó Policarpo– es un cambio que no haré nunca, pero es muy noble cambiar la maldad por la bondad.– A lo que el procónsul amenazó otra vez: –Si tú no haces caso de las fieras, te haré quemar, a menos que te arrepientas.– He aquí la respuesta de Policarpo: –Tú me amenazas con fuego que consume en una hora, y no conoces el fuego eterno, que está reservado a los impíos. Acaba. Haz lo que quieras...– A lo que el procónsul, sorprendido, envió al heraldo a proclamar tres veces, en medio del estadio: –Policarpo ha confesado ser cristiano.– Y cuando los gentiles y judíos que residían en Esmirna oyeron esto, gritaron furiosamente: –¡Éste es el Maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de los dioses, que enseña a muchos a no sacrificar!...– Y pidieron que le soltaran un león. Pero era ya tarde y se habían terminado las luchas..." La carta continúa dando detalles interesantísimos, que resumiremos brevemente. Encendieron una pira y a ella subió Policarpo, después de haber hecho una larga oración; pero el fuego formó

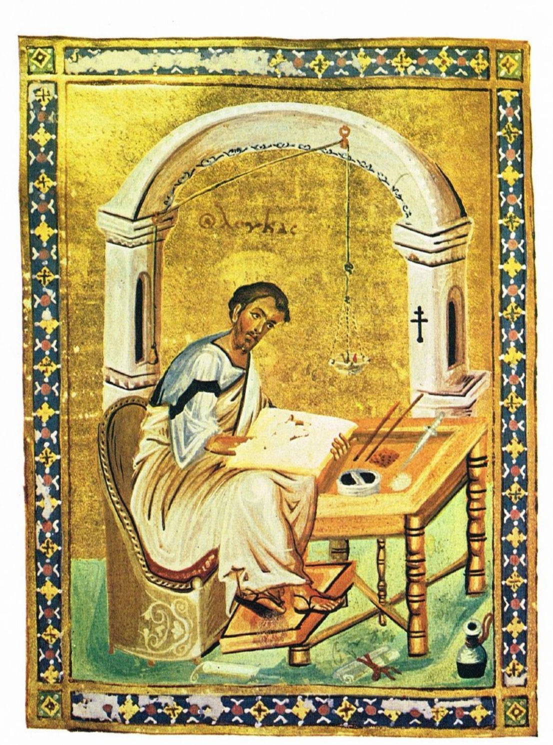


Detalle de los relieves del sarcófago de las Musas, de la época de Antonino Pío (Museo del Louvre, París). Frente a la nueva religión, absurda para los romanos, puesto que adoraba a un criminal ejecutado con el infamante suplicio de la cruz, el Imperio seguía modernizando su mitología. Así, las musas pasaron a ser divinidades con cuyo concurso el hombre ganaba la inmortalidad.

como una bóveda alrededor de su cuerpo, por lo que fue necesario llamar al verdugo, que le hirió con una espada. A "instigación de los judíos" el cuerpo fue quemado. "Pero nosotros –sigue diciendo la carta– reunimos sus huesos, más preciosos que diamantes y más estimados que el oro, y los guardamos en un lugar apropiado, donde el Señor nos permitirá reunirnos y con alegría celebrar el aniversario de su martirio."

He aquí, pues, ya el culto a los mártires bien documentado. Es probable que el martirio de Policarpo ocurriera en el reinado de Antonino Pío, el año 155, pero conviene recordar que San Policarpo había sido amigo de San Juan Evangelista, y como ambos lograron una edad avanzada, los discípulos que recogieron los restos de San Policarpo pueden considerarse como la tercera generación después de Jesús. Las persecuciones dieron héroes y leyendas a las Iglesias locales, que se sintieron alentadas a glorificar su memoria. Las Iglesias más distantes se participaban unas a otras los detalles de sus martirios, y esto sirvió para unificar la Iglesia; por ejemplo, la maravillosa carta de las Iglesias de Vienne y de Lyon, en Francia, en que se explican los detalles de una persecución, va dirigida a las Iglesias de Asia y de Frigia. Y todavía en esta epístola, de mediados del siglo II, los cristianos de la Galia dicen que eran acusados de celebrar banquetes como Tiestes, o sea de canibalismo, y casamientos como Edipo, o sea de incesto.

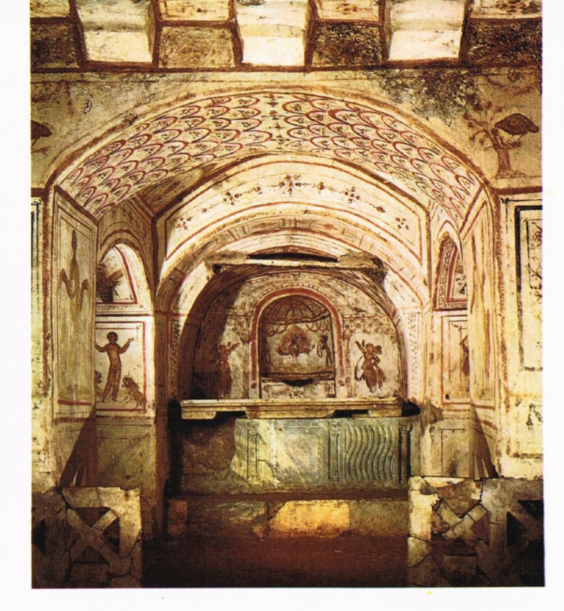
Por esto el martirio, en las primeras persecuciones, iba generalmente precedido del tormento, para hacer confesar estos críme-



Miniatura de un evangeliario bizantino del siglo X con la figura de San Lucas (Museo Británico, Londres). Quiere la tradición que este evangelista fuera médico, pues su lenguaje no da lugar a equívocos. La crítica racionalista, en cambio, niega que el Evangelio de San Lucas y los demás evangelios sean obra de un solo autor, sino fruto de la comunidad cristiana, que expresó sus tradiciones y deseos en forma popular.

nes a los cristianos. Los que resistían tan dura prueba sin claudicar eran llevados, descoyuntados y heridos, a la cárcel, donde esperaban el día feliz de su muerte en el circo. Durante el tiempo que pasaban en la cárcel, enfermos y doloridos, los mártires se sentían llenos del Espíritu Santo y sus palabras tenían casi valor profético y dogmático. Nada más interesante, sobre este punto, que el librito llamado: *Pasión de las Santas Perpetua y Felicidad,* en Cartago, el año 202. Ambas santas eran jóvenes y estaban casadas, con hijos. Perpetua fue a la cárcel con un niño de pecho, y Felicidad, encinta de ocho meses, parió una niña tres días antes de sufrir el martirio. Ambas tuvieron visiones, predijeron lo que iba a ocurrir y escribieron sus sueños en la cárcel con una gracia inefable. El que recogió y puso en orden sus palabras acaba el relato diciendo que una santa como Perpetua no hubiera muerto si ella no hubiese querido morir.

Sin embargo, todas las persecuciones de los siglos I y II fueron intermitentes y locales. Dependían, más que nada, del número de enemigos que tenían los cristianos en cada localidad y del afán que sentían el populacho y el gobernador de martirizar a unos infelices a los que creían tontos o exaltados, pues se empeñaban en morir por un dios extranjero. Pero cuando, para dar fuerza y unidad a su gobierno, Caracalla promulgó un edicto concediendo el derecho de ciudadanía a todos los hombres libres del Imperio, entonces era casi natural insistir en el culto al "genio" del emperador. Hay que recordar que el Imperio romano se había formado por agregación de los pueblos más diversos. Recuérdese que el culto del genio de Roma y el que se tributaba a Augusto eran, más que el ejercicio de un deber civil, una práctica religiosa. El "genio" del emperador no era el alma del monarca reinante ni su personalidad divinizada que sustituyera a los otros dioses del Olimpo. El "genio" de una persona era algo extraño al mismo individuo. Las otras sectas orientales no veían nada incompatible con su fe en el hecho de poner unos granos de incienso en un brasero y pronunciar unas palabras vacías de sentido. Sólo los judíos se habían resistido a participar en todo culto o ceremonia que pudiera interpretarse como infidelidad al Dios del Sinaí; y los romanos, que detestaban al "pueblo escogido", le concedieron un régimen de excepción que era casi justo, porque los judíos eran súbditos de una nación que legalmente estaba sólo bajo la protección de Roma. Pero cuando, después de largo sitio, Jerusalén fue tomada por las legiones de Tito y su autonomía nacional fue suprimida, esta tolerancia se hizo menos efectiva, y no hay que decir que no serían los cristianos quienes se beneficiaran de la antigua posición jurídica de los judíos.



Interior de las catacumbas de Vía Latina, Roma. Las catacumbas eran las sepulturas colectivas de los primeros cristianos que, partiendo de una tumba familiar, excavaban galerías en varias direcciones donde enterraban a sus muertos y se reunían para orar. En las paredes hay muestras del primer arte cristiano occidental.

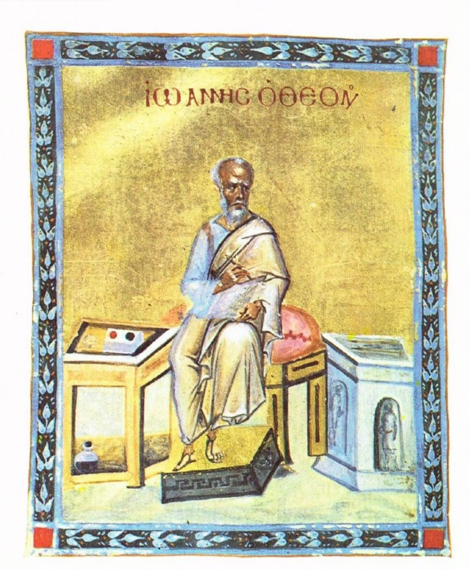
En las últimas persecuciones ya no se trata de incestos y otras calumnias, sino simplemente de desertores encubiertos bajo escrúpulos de conciencia, como los que en nuestros días se han negado, en algunos países, a ingresar en filas porque sus principios religiosos o morales les impiden tomar parte en la guerra. Septimio Severo prohibió, bajo penas severas, hacerse cristiano. Decio obligó a los cristianos a sacrificar a los dioses del Imperio y abjurar de Cristo. Los edictos de Valeriano obligaban a los obispos a adherirse oficialmente a los dioses del estado y renunciar a constituir comunidades con sus Iglesias.

A mediados del siglo III, el Imperio romano empezaba a desquiciarse, y de ello se daban cuenta los emperadores más avisados. La presión de los bárbaros se iba haciendo insoportable y se necesitaba una disciplina interior para contrarrestar aquel peligro. La falta de espíritu cívico se imputaba a la relajación del culto debido a los antiguos dioses. Pretender renovar una fe que ha caducado es absurdo, y de ello estaban convencidos la mayoría de los paganos, pero sí creían que

Detalle del portal izquierdo de la catedral de Milán, con una escena en bronce relativa al edicto de Milán. Por este edicto de tolerancia, Constantino reconocía el derecho de existencia del cristianismo y lo colocaba bajo la protección imperial.



San Juan Evangelista, según una miniatura del siglo X (Bodleian Library, Oxford). Después de predicar la doctrina de Jesucristo en varios sitios del Asia Menor, se retiró, ya anciano, a Éfeso, donde pasó los últimos años de su vida. Este retiro fue interrumpido por el destierro a la isla de Patmos, ordenado por la autoridad romana.



se podía sustituir por una fe más filosófica, como el culto al dios solar Mitra, o simplemente con una piedad laica, basada en el sentimiento de solidaridad y respeto a la ley, que representaba el "genio" del emperador. Pero esta idea de divinizar el concepto del estado personificándolo en un hombre repugnaba a los cristianos, que rendían culto al verdadero Dios. Y de aquí el contraste, la obstinación del gobierno imperial y las persecuciones.

Los gobernantes romanos exigían bien poco; en la mayoría de los casos no se iba en busca de los que estaban escondidos y, por lo menos en Egipto, bastábales a los sospechosos con enviar firmada al magistrado competente una minuta oficial, como declaración de ciudadanía. Se han encontrado varios papiros en Egipto con estas minutas, algunas firmadas a veces en nombre de otro, por no saber o no querer firmar el interesado, y parece que con este expediente se contentaba el funcionario encargado de tomar la declaración. Pero la sangre corrió a torrentes...

Era, sin duda, designio providencial que la Iglesia se fortaleciera con la sangre de los mártires. Tuvo que organizarse como en tiempo de guerra, y la autoridad de los obis-

Una representación de la Iglesia, obra del siglo XIII, en la catedral de Estrasburgo, Francia. La joven aquí coronada y triunfante, como corresponde a la situación de la Iglesia en la Edad Media, no era sino una niña indefensa al final de la última persecución.



116



Lugar de la supuesta tumba del apóstol San Juan en su basílica de Éfeso.

pos se robusteció con las persecuciones. El obispo era el general que dirigía el combate contra Satanás, invisible, y contra el visible poder del gobierno imperial. Después de los apóstoles, todas las comunidades tuvieron su obispo, escogido éste todavía dentro de la Iglesia misma. En un principio, los obispados fueron como monarquías electivas, y las Iglesias se gloriaron de la serie de sus obispos, algunos de ellos mártires, otros grandes doctores. La reputación de algunos de ellos les dio cierta autoridad sobre sus colegas, formándose así la jerarquía del obispo metropolitano, como superior de los otros obispos de su nación o provincia. Las Iglesias de Antioquía, Roma, Alejandría y Cartago, al final del siglo III, habían sido ya regidas por tantos santos y varones ilustres, que su derecho a ser cabezas de toda una región parecía una cosa indiscutible, y con mayor universalidad sobre todo por parte de la de Roma, y de este hecho a la concentración de toda la autoridad espiritual en el pontificado solamente hay un paso.

Mientras tanto, se iba formando el repertorio de imágenes caras a los cristianos. La figura más deseada, esto es, la del Cristo, tenía dificultades casi invencibles. No sólo existía el peligro de caer en las idolatrías de los paganos, sino que la información que procuraba a este respecto la escritura santa era vaga y aparentemente contradictoria. Isaías dice que el Mesías no tendrá belleza que pueda hacerlo deseable; Tertuliano, con su apasionamiento africano, casi insiste en que Jesús debe ser feo, para que no le amemos por su belleza. Así es que se recurrió al expediente de representarlo primero como el Buen Pastor y después como un joven imberbe con nimbo cruciforme.

Hasta bien entrado el siglo IV no tomó Jesús el tipo definitivo del Redentor, con barbas finas, ojos negros y cabellos lacios, que es todavía el máximo consuelo de la humanidad doliente.

BIBLIOGRAFIA

Alonso Díaz, J.	*De Jerusalén a Roma,* Santander, 1963.
Danielou, J., y Marrou, H. I.	*Historia de la Iglesia,* dirigida por L. J. Rogier, B. Aubert y M. D. Knowles, Madrid, 1968.
Dupont, J.	*Les sources du Livre des Actes. Etat de la question,* Brujas, 1960.
Fliche, A., y Martin, V.	*Histoire de l'Église,* París, 1935-1938.
Goppelt, L.	*Die apostolische und nachapostoliche Zeit,* Gotinga, 1962 (importante aportación protestante).
Hertling, L.	*Historia de la Iglesia,* Barcelona, 1960.
Jedin, H.	*Manual de historia de la Iglesia,* Barcelona, 1966.
Küng, H.	*La Iglesia,* Barcelona, 1969.
Léon-Dufour, X.	*Los evangelios y la historia de Jesús,* Barcelona, 1966.
Moreau, J.	*La persécution du christianisme dans l'empire romain,* París, 1956.
Simon, M.	*Les premiers chrétiens,* París, 1960.
Wikenhauser, A.	*Introducción al Nuevo Testamento,* Barcelona, 1960.



Ruinas del circo de Majencio, en Roma. Mucho más liberal que Galerio en su edicto de tolerancia de 311, Majencio dio libertad a los cristianos y ordenó que se les devolvieran sus bienes inmuebles. A pesar de lo cual, es posible que este circo viera algún espectáculo no acorde con la libertad concedida.